GT 33: Teoría y praxis en turismo

De lo rural a lo rural, turismo de un sujeto invisibilizado

Paula Florit

Resumen

En las últimas décadas los espacios rurales han sido re significados y el turismo se ha expandido en ellos motivado por una parte por el interés de los turistas por la naturaleza y el descanso, y por otra por la promoción desde las políticas públicas de incorporar el turismo como estrategia de diversificación productiva. Desde la especificidad de los estudios del turismo, el medio rural ha sido abordado como un espacio de recepción de turistas, donde el medio y los sujetos que allí habitan aparecen en el rol de anfitriones. Tanto dentro como fuera del país, los análisis han partido mayoritariamente de una escisión entre sujetos rurales —anfitriones— y sujetos urbanos, ávidos de conocer la cultura rural —turistas—. Es de esta forma que los sujetos rurales no han sido percibidos desde la academia en modo alguno como turistas, ni siquiera como potenciales turistas, sino que su relación con el fenómeno se interpreta generalmente como una estrategia de diversificación productiva y rentabilidad económica. De este modo, el turismo como disciplina ha heredado esa invisibilización del carácter de plena ciudadanía del sujeto rural, olvidando su relación con el ocio, el tiempo libre y el derecho al esparcimiento.

Esta ponencia constituye un acercamiento exploratorio al fenómeno del turismo desarrollado por sujetos del medio rural a partir de la constatación empírica de que éste existe y que tiene componentes que lo distinguen de otras expresiones de turismo ya conocidas y descriptas dentro y fuera del país. Las próximas secciones buscarán evidenciar los segmentos y tipos de turismo que tienen elementos de cercanía con el turista del área rural encontrado, haciendo evidente que aunque con aportes relevantes este sujeto no puede comprenderse ni limitarse a ninguno de los tipos descritos.

Metodología

El presente trabajo se inició como un estudio a fiestas en ámbitos rurales y sufrió una revisión al encontrar vacíos en la teoría para comprender a los sujetos que habitaban estas

fiestas, esto es, los sujetos del medio rural. De esta forma la metodología se fue construyendo durante el desarrollo de la investigación, complejizándose y demandando nuevas revisiones y trabajos de campo.

Inicialmente y con un carácter semi inductivo se realizaron observaciones y entrevistas en dos fiestas tradicionales ubicadas en el medio rural. La observación de los consumidores de las mencionadas fiestas develó la presencia dominante de sujetos del medio rural y una forma particular de habitar estos eventos. En consecuencia demandó un trabajo de revisión bibiográfico extenso orientado a identificar una matriz teórica dentro o fuera del turismo que permitiera comprender el fenómeno. De ese modo, una segunda fase del desarrollo de este proyecto se orientó a una revisión bibiográfica orientada a la identificación de la relación turismo-ruralidad desde diversas disciplinas como el propio turismo, la sociología, la economía y la antropología. La constatación de un vacío para conceptualizar y comprender el consumo turístico de los rurales encauzó la presente investigación en un trabajo exploratorio. Para éste se realizaron entrevistas hasta saturación en diversas zonas rurales del norte del país, desarrollándose 32 entrevistas a asalariados y productores rurales pertenecientes a la agricultura familiar de los departamentos de Salto, Paysandú, Artigas, Río Negro y Tacuarembó.

«El rural»: un sujeto invisibilizado.

El medio rural ha estado históricamente rezagado en los estudios sociales, este papel secundario se ha vinculado esencialmente a dos elementos, los costos y el peso demográfico. En referencia a los costos, la primera limitante en los estudios rurales se vincula con la relativa dificultad de desarrollar estudios empíricos en estos ámbitos, especialmente en los más alejados y aislados. El segundo freno se vincula al menor peso demográfico de la población rural y por ende la menor incidencia en la política pública. De esta forma, los estudios sociales en torno al medio rural, especialmente los culturales, han ocupado un lugar subalterno en la producción académica. En la actualidad, las transformaciones acaecidas en el marco de la globalización y la expansión de los enfoques posmodernos en ciencias sociales han inclinado aún más a los académicos a buscar comprender los complejos fenómenos urbanos y las nuevas configuraciones de un mundo cargado por la tecnología y las comunicaciones. Estas transformaciones —de las que el mundo rural ha incorporado únicamente una fracción— han convivido con la persistencia de desigualdades territoriales que aún distinguen el nivel de acceso a derechos y ciudadanía de los sujetos del medio rural frente al urbano.

En el Uruguay el medio rural ha constituido un referente simbólico y económico en el país desde sus inicios. El peso dentro de la economía nacional, la existencia de élites políticas y económicas vinculadas al mismo y la construcción de espacios gremiales con gran poder de reivindicación y visibilización han hecho del rural un ámbito siempre presente en la agenda

pública uruguaya. No obstante, los abordajes académicos desde las ciencias sociales han estado principalmente limitados a estudios relacionados con la estructura de clases, el sindicalismo y la acción colectiva, el trabajo, el poder y la tenencia de la tierra. Desde ámbitos interdisciplinarios, y con especial ahínco en los últimos años, se han desarrollado también estudios relacionados a las transformaciones productivas, los cambios en las relaciones de producción y alteraciones sociales relacionadas a los principales rubros agropecuarios. Un lugar notoriamente secundado han ocupado también en el país los estudios que abordan el mundo rural desde una perspectiva cultural, reconociendo a los sujetos de este medio como actores constructores de culturas propias.

Las últimas décadas han implicado fuertes transformaciones en el mundo rural que han posibilitado el ingreso del turismo como una importante fuente de ingresos. Así, la tendencia al re descubrimiento y acercamiento a la naturaleza que se ha dado entre los turistas, y la necesidad de diversificar la producción agropecuaria coadyuvaron para permitir el desarrollo del turismo en el medio rural. Esta expansión del turismo en el medio rural ha supuesto el desarrollo de estudios específicos sobre el fenómeno, llevados adelante desde la academia vinculada al turismo. Estos estudios específicos, han escindido el mundo de lo rural y lo urbano para colocar lo rural como el espacio de esparcimiento de potenciales turistas (urbanos) a los que cuales otros sujetos reciben a fin de multiplicar sus oportunidades de ingreso y desarrollo local (sujetos rurales). De esta forma, el abordaje del medio rural desde el turismo ha estado mayoritariamente vinculado a la posibilidad de este medio y sus sujetos de actuar como anfitriones, mientras la posibilidades de ocio, consumo turístico y recreación de los rurales se ha mantenido fuera del foco de la academia. Así, el turismo ha heredado y reproducido una escisión entre lo rural y lo urbano que precede a la academia vinculada al turismo y que ha erigido una diferencia en la que los rurales han sido sistemáticamente rezagados en su ciudadanía. .

Estudios turísticos, cercanías y distancias para delimitar un vacío.

Antecedentes en el estudio de la relación turismo-ruralidad.

«Para el consumidor procedente de los grandes centros urbanos, el turismo rural aparece como una alternativa «exótica». Para el poblador rural esta actividad constituye una nueva oportunidad de empleo y de negocios.» (Monge, 2009: 154)

Los primeros estudios relacionados con el desarrollo del turismo en espacios rurales se orientaron a dar cuenta de la existencia de este fenómeno. El asentamiento de la disciplina como ámbito de estudio académico, así como la expansión del turismo en espacios rurales, requirió un esfuerzo por describir esta forma de turismo, sus consumidores y las condiciones particulares en las cuales se desarrolla esta oferta. Actualmente la noción de turismo rural, ha

sido incorporada a los estudios del turismo y es parte de las clasificaciones de la OMT (Román y Ciccolella, 2009).

Barrera (2004; 2006) ofrece una clasificación de los distintos tipos de turismo rural que se desarrollan. Partiendo de la concepción de turismo rural como toda actividad turística que se desarrolla en ámbitos rurales, sean o no actividades relacionadas a la producción agropecuaria, este autor como otros enumera las versiones de turismo rural centrándose en los que se ofrece desde el espacio rural y lo que consumen los turistas visitantes. En su enumeración reconoce ámbitos de desarrollo rural radicados en establecimientos agropecuarios y también desarrollados en espacios rurales nucleados. Asimismo señala aquellos que se desarrollan con fines culturales, los que se llevan adelante con intereses deportivos, salud o de aventura y los que son consumidos en relación a la ejecución de eventos. Así el autor construye una tipología de 13 modalidades de turismo rural[1], todas ellas centradas en la escisión entre los sujetos urbanos y los sujetos rurales. En la mayoría de estas modalidades la llegada al medio rural está dada por encontrar en él algo fuera de la cotidianeidad, imputando a éste cualidades como «naturaleza», «descanso», «actividades agropecuarias». Todas categorías que por diferenciación de los medios urbanos aparecen privilegiadas como espacios de visita capaces de romper con lo cotidiano. Por su parte los habitantes cotidianos del medio rural aparecen como los oferentes de estos espacios turísticos, no sólo adaptando su espacio de vida a los consumos y demandas de los turistas, sino ofreciendo su propia identidad —mediada por su persona— como un producto de consumo.

> «Un concepto fundamental a la hora de definir el turismo rural, desde la perspectiva del desarrollo rural, es que los servicios ofrecidos por productores agropecuarios enriquecen y cargan de autenticidad al producto.» (Barrera, 2006: 73)

En la senda de caracterizar y reconocer este tipo de turismo se ha hecho hincapié en la concepción de los espacios rurales y la introducción del turismo como la expresión más evidente de una nueva interpretación del ámbito rural (Posada, 1999; Ivars, 2000). Esta visión parte de dos constataciones, la primera refiere al borramiento de ciertos límites entre los urbano y lo rural que permite consumir lo rural como un espacio de diferente aunque integrado. El segundo aspecto se vincula a la constatación de un período de crisis de rentabilidad que atraviesa el mundo rural entre los años `70 y `90 y que presiona para la gestación de alternativas en ese espacio. A partir de estos hallazgos y en un escenario donde el turismo se expande y potencia se desarrollan dos líneas de estudios: (i) los relacionados al desarrollo local especialmente preocupados por las condiciones de vida de las poblaciones

1 Agroturismo, turismo cultural, turismo deportivo, turismo educativo, turismo salud, turismo en comunidades indígenas, turismo en pueblos rurales, ecoturismo, turismo aventura, turismo científico, eventos, turismo gastronómico, comunidades de recreación y retiro.

rurales y su permanencia en el campo, y (ii) los centrados en la reconstrucción de un espacio rentable, especialmente atentos a la concepción del turismo rural como un agronegocio.

Si bien los estudios del primer tipo, centrados en el impulso del desarrollo rural son largamente conocidos, resulta necesario analizar la impronta de los mismos para reconocer el vacío en torno a los sujetos rurales como ciudadanos del turismo. Estos estudios se han abocado al impacto del turismo rural en el desarrollo de los territorios, en especial en referencia al desarrollo local (Scozcek, 2003; López Olivares, 2009; Morán, 2002) y como alternativa de desarrollo sustentable (Quintero, 2005). El valor asignado por los estudios centrados en el desarrollo, señalan la capacidad que tiene el turismo de ser una alternativa para las zonas rurales de evitar producciones dañinas e intensivas —por ende de ser una alternativa sustentable— y las posibilidades de evitar la migración y el desempleo en zonas rurales. Estos estudios señalan cómo la llegada del turismo permite a sectores de población excluidos de la producción —jóvenes, mujeres— insertarse dentro del medio rural como oferentes de servicios. Asimismo, destaca las posibilidades de ingreso, de intercambio cultural y desarrollo de servicios e infraestructura que el turismo trae aparejado a estas zonas. En estos abordajes, en los que la población local sí tiene un rol central, la misma aparece ya no sólo como oferente sino también como beneficiaria de la instalación del turismo. Los sujetos rurales aparecen así como beneficiarios directos cuando son oferentes directos, y como beneficiarios indirectos cuando la llegada del turismo afecta positivamente sus vidas aún cuando no se relacionan directamente con el desarrollo del turismo. El reconocimiento de un beneficio del turismo en el medio rural, ha encauzado este tipo de estudios en la construcción de protocolos y recomendaciones sobre cómo desarrollar productos turísticos rurales. La ubicación que traen explícitos estos protocolos no sólo distingue lo rural de lo urbano, sino que aboga por un rural que explicite su ruralidad y sea un «anfitrión natural».

> Se reconoce al turismo rural como una estrategia de intervención válida, sostenible y sustentable para el medio rural y en especial para los productores agropecuarios, protagonistas del desarrollo del sector. Adquiere identidad propia a través de cualidades como autenticidad, respeto por el medio, revalorización de la cultura rural, atención familiar de baja escala, educativo e interactivo. (Monge, 2009; 154)

El segundo tipo de estudios, centrado en la rentabilidad de la producción agropecuaria, no se relacionan a todo el turismo rural sino que se centran en el agroturismo, y en la relación del turismo con la producción agropecuaria. Estos estudios, que relacionan el turismo con el desarrollo de un agronegocio, hacen hincapié en que esta perspectiva rompe con la idea de que el medio rural es únicamente un territorio de generación de alimentos pero presuponen que esto está en la base del turismo rural. Desde esa mirada, sitúan las capacidades productivas del medio rural en el desarrollo de cadenas de valor que partan desde la producción primaria y desarrollen todas las fases de la producción y comercialización, hasta el

consumidor final. El eje del agronegocio es el establecimiento de cadenas y la atención centrada en el consumidor final, la diversificación productiva aparece entonces como un valor ante amenazas de rentabilidad para la esfera netamente agropecuaria y como una virtud para la estabilización de los ingresos de los productores en un escenario de mercados cambiantes, crisis económicas e inclemencias climáticas.

> El agroturismo se suele llevar a cabo en fincas de tamaño pequeño o mediano, cuyos propietarios lo ejercen como una forma de diversificar los ingresos de su negocio principal. Para ello se aprovecha la capacidad instalada en la propiedad y el saber hacer tradicional. Además, se agregan otros productos y servicios complementarios, tales como alojamiento, alimentación y venta de productos. Esto proporciona mayores oportunidades de empleo para la propia familia y otras personas de la localidad donde se desarrolla dicha actividad. (Blanco y Riveros, 2010: 21)

Para esta perspectiva también los sujetos del medio rural ingresan al mundo del turismo como oferentes, los cuales además deben cargar con improntas culturales y de relacionamiento con turistas y producción que rescaten los aspectos tradicionales y naturistas de sus quehaceres cotidianos. De esta forma, relacionando la producción primaria con otras cadenas como el turismo las familias del campo tienen la posibilidad de su permanencia en la vida agropecuaria, y su vida aparece como objeto de visita turística (Blanco y Riveros, 2010).

Asimismo se ha desarrollado una línea de análisis que indaga en el turismo rural mostrando aspectos pendientes o de necesaria revisión en la implementación de actividades turísticas en espacios rurales. En este sentido, se ha desarrollado como en el resto de la disciplina una línea de estudios críticos y que estimulan a operadores y académicos a estar alertas ante la implementación indiscriminada de ofertas turísticas en estos territorios (Echamendi, 2002). Un lugar particular, en estos debates lo ha ocupado en los últimos años la mirada a la cuestión de género que transversaliza los estudios del turismo (Cánoves y Villarino, 2000). A este respecto, aparecen posiciones encontradas que señalan tanto venturas como matices de la incorporación del turismo como alternativa para el medio rural. Por un lado, se percibe la capacidad de generar nuevas ofertas laborales para la mujer en un medio donde las mismas escasean y donde la emigración se expresa como una forma de desigualdad de género. Por otra parte, se ha cuestionado el rol que ocupa la mujer en estas ofertas laborales y el refuerzo de una división sexual del trabajo donde la mujer desarrolla —ahora hacia afuera — actividades del ámbito doméstico, sin ser reestructurado su nivel de acceso a capitales agrarios (Florit y Piedracueva, 2012).

Turismo cultural, luces parciales para aprehender «al rural»

Un segundo bagaje importante en la comprensión de los turistas del medio rural puede ubicarse en el denominado turismo cultural. Si bien el turismo cultural no se centra en el

medio rural, sino que tiene en el conocimiento y reconocimiento de la cultura —se ubique donde se ubique— su principal actividad, existe una producción acumulada relacionada con las actividades culturales que se desarrollan en el medio rural.

El turismo cultural se centra en la voluntad del turista de conocer y consumir manifestaciones de la cultura que se pueden expresar como patrimonio tangible o intangible. El patrimonio tangible aparece característicamente como monumentos, museos u otras formas materiales que evocan la cultura de una región o nación. Por su parte, el patrimonio intangible alude a formas no materiales de expresar la cultura como el lenguaje, los hábitos alimentarios, los gustos entre otros. En el ejercicio de apreciar el patrimonio intangible, aparece un importante número de actividades vinculadas al mundo rural y por ende el estudio de estas formas de turismo cultural brindan pistas para comprender el fenómeno central de este trabajo. Desde el acercamiento al turismo cultural en espacios rurales o vinculados a lo rural, se ha signado como turismo cultural aquel motivado por el consumo de manifestaciones tradicionales en general, siendo parte de ello el folcklore, las fiestas tradicionalistas, el turismo comunitario en casas rurales. Genéricamente, toda actividad que motive a sujetos no residentes a realizar un viaje a efectos de conocer y apreciar una cultura vinculada al mundo de lo rural.

Hasta este punto, la principal falencia de esta caracterización es la misma que la utilizada en los abordajes precedentes, esto es concebir el turismo vinculado a lo rural como una experiencia alocéntrica (Plog, 1988) o esencialmente centrada en una experiencia vinculado al conocimiento de un lugar diferente al del propio turista. No obstante, esta perspectiva ha aportado una primera línea de estudios vinculados a las fiestas y el tradicionalismo que aporta a comprender las motivaciones de una fracción de los turistas del medio rural encontrados. Resulta por lo tanto otra vertiente influyente para comprender el consumo turístico de las poblaciones de los espacios rurales en el Uruguay la línea de estudios culturales que se relaciona con el análisis de las fiestas como espacios turísticos. Esta línea de trabajo se construye de forma inductiva a partir de la observación de fiestas tradicionales y folclóricas que progresivamente han atraído a turistas y que hoy son parte de los atractivos existentes. Este inicio supuso por ende una primera línea de trabajos fuertemente ceñidos a los casos empíricos, orientados principalmente a mostrar el fenómeno a través de estudios de caso.

Actualmente la relación entre fiestas y turismo ha perdido el carácter espontáneo en buena parte del globo, planificándose acciones para que las mismas se tornen atractivos turísticos (Salvatierra, 2004) o aún generando fiestas como estrategia para montar un destino turístico. Los espacios rurales no han escapado de ello, promoviéndose el desarrollo de fiestas que permitan la convocatoria y atracción de turistas que «consuman» las tradiciones locales. Aún así como se verá en la sección siguiente, el aporte de los estudios sobre las fiestas en el

fenómeno estudiado es indiscutible como herramental para comprender el turismo de «los rurales». Sin embargo, la línea de estudios que han entrelazado fiesta y turismo, cuando se abocan a fiestas rurales y tradicionalistas, han puesto especial hincapié en los visitantes y los anfitriones, bajo el prisma de concebirlos como el par turistas —locales, o turistas— auténticos. En consecuencia, los trabajos académicos vinculados a las fiestas desde una perspectiva turística son un aporte para describir el escenario para el turismo de «los rurales» pero la óptica adoptada conserva remanentes de la escisión urbano-rural y cuenta con ciertos vacíos para describir el objeto en estudio.

El estudio de las fiestas como ritual: fuera del turismo, dentro del objeto

El desarrollo académico relacionado a las fiestas ha tenido una firme raigambre en el estudio de las fiestas de origen religioso, dentro de las cuales existe un debate entre lo sacro y el consumo turístico. Esta fuerte impronta religiosa de los estudios sobre fiestas ha aportado a la línea de análisis la mirada hacia la comprensión de la fiesta como un espacio donde se ponen en juego las identidades, en tal sentido una importante fracción de las reflexiones —especialmente relevantes para este trabajo— se abocan a visualizar la fiesta como instancias en las que se refuerzan las identidades colectivas (Ocampo, 2002). Si bien esta vertiente tiene puntos de contacto con el turismo cultural, los estudios antropológicos han puesto especial atención en la percepción y concepción de quienes ejecutan la fiesta. Los sentidos mentados identificados por estas perspectivas constituyen un herramental para este estudio exploratorio que, como se verá, aparece más adecuado para describir el fenómeno en estudio.

La idea de la fiesta como una instancia ritual, que rompe la cotidianeidad y construye o reconstruye sentidos sociales aparece en la amplia bibliografía antropológica y sociológica relacionada con el tema. Las funciones sociales de estos rituales, las implicancias para las comunidades y en especial el modo como las mismas se desarrollan y transmiten se encuentran en debate. En particular, en relación a las fiestas que se desarrollan en ámbitos rurales se ha destacado el carácter de rituales basados en la vida en comunidad y se los caracteriza como fiestas relacionadas con ciclos anuales (fiesta de la primavera, navidad), fiestas relacionadas con ciclos vitales (nacimientos, cumpleaños de 15 años), fiestas relacionadas con momentos de la interacción social vital (fiestas escolares, bailes, criollas) y relacionadas con el desarrollo de trabajos comunitarios (Velasco (1991) en Homobono, 2004).

Mallarino, Zuleta, Jaramillo y Rey (2004) rescatan algunos elementos relevantes para comprender las fiestas en su dimensión organizativa y en la forma como se vinculan con las culturas y expectativas de los participantes. Como los autores precedentes, parten de concebir las fiestas como instancias rituales fuertemente vinculadas a la reproducción de construcciones simbólicas de carácter colectivo. Bajo este enclave adicionan algunos elementos analíticos. En primer lugar, los autores señalan la relevancia de evidenciar que toda

fiesta cuenta con un objeto celebrado y un sujeto celebrante que, por el carácter simbólico de la fiesta, se compone como un sujeto colectivo. En segundo término ponen de manifiesto la contradicción que existe en la fiesta, esto es, la convivencia entre el carácter cohesionador e integrador de las fiestas y su carácter alternativo y subversivo; esto es, el hecho de que en la fiesta conviven elementos que permiten reivindicar una conciencia común pero también fragmentaciones que se hacen presentes develando ámbitos de ruptura y subversión. Finalmente, su perspectiva pone de manifiesto el carácter de excepcionalidad de la fiesta que permite un nuevo orden de poder y asimismo un tiempo alternativo.

«Las fiestas crean un tiempo distinto al normal y recrean los espacios para que otro tipo de jerarquías entre a funcionar mientras dura el período ceremonial y máscaras y disfraces tienen la función de transformar la vida comunal reagrupando a sus miembros en otro sistema que suspende la vigencia del usual.41 Los participantes asumen o transmiten códigos comunicativos y formas de conducta, que en el contexto festivo no coinciden necesariamente con el comportamiento habitual de la vida cotidiana, pero que son decodificados e interpretados por los otros participantes del grupo.» (Mallarino y otros, 2004:21)

Algunos hallazgos para comenzar a comprender el turismo de los sujetos del medio rural

A efectos de realizar un primer acercamiento exploratorio al consumo turístico de los rurales, se presentan aquí los principales hallazgos señalando, en primer lugar la existencia de un consumo turístico y su sesgo de género y socio ocupacional. A ello se incorpora una descripción sobre qué tipo de evento o actividad consumen, de qué infraestructura hacen uso, cuáles constituyen sus llamadores y cuáles son sus motivaciones. Finalmente se visualiza el consumo turístico referido por los entrevistados como un turismo difícil de clasificar dentro de las categorías que ya conocidas, o al menos en las acepciones usuales que damos a esas categorías.

El primer hallazgo relevante se vincula con la constatación de la hipótesis de partida según la cual, aunque el turismo no se ha abocado a estudiarlo, existe un consumo turístico de los pobladores del medio rural. Este consumo, supone el desarrollo de actividades diversas pero que son realizadas en el marco del uso del tiempo libre y el ocio, y conllevan el desarrollo de expresiones y consumo en lugares ajenos a los de la residencia y por un tiempo mayor a 24 horas. De modo el trabajo de campo ha permitido identificar sujetos de los ámbitos rurales que, como los urbanos, hacen uso del turismo motivados por una importante heterogeneidad de razones y limitados por condiciones socio económicas y coyunturales. A pesar de esa heterogeneidad, dos primeras observaciones han de señalarse en el relato de los entrevistados sobre su propio consumo turístico y el consumo de su entorno familiar y de vecindad. Estos dos señalamientos condicen con las observaciones realizadas y encontraron un importante acuerdo entre los entrevistados. En primer lugar el hecho de que el consumo turístico de

fiestas y marchas es realizado principalmente por trabajadores rurales, asalariados o zafrales, y en menor medida por los productores rurales. Esta distinción fue entendida por los entrevistados como la consecuencia natural de la disposición de licencia y día franco de los trabajadores, o de las condiciones de zafralidad de los contratos.

En segundo lugar se ha coincidido en señalar un sesgo de género en la participación en las fiestas y esencialmente en la marchas. De esta forma, el espacio turístico se indica como masculinizado no sólo por el mayor componente de hombres en los espacios sino por la centralidad de una cultura concebida como masculina dentro de la idiosincracia rural (montas, carencia de baños, etc.).

Si bien, como ya se ha dicho, existe una heterogeneidad de consumos turísticos, aparecen ciertos patrones de consumo recurrentes vinculados esencialmente a marchas a caballo y festividades «criollas», patrias o tradicionalistas. Este consumo se concibe como parte de una cultura de lo rural y es ubicado en el discurso de los entrevistados como un componente identitario, una ambición y parte programada de su calendario anual. De modo que orientados por un limitado calendario de festividades de público conocimiento, para las cuales se preparan productiva y económicamente durante buena parte del año, estos turistas rurales salen de su espacio de residencia para practicar turismo en otras zonas rurales.

En consecuencia, dos tipos de instancias han sido evocadas principalmente por los entrevistados como espacios en los cuales desarrollan una visita fuera de su ámbito de residencia, con pernoctación y con una duración superior a 24 horas: las fiestas rurales y las marchas. Si bien otras formas de turismo también han sido señaladas como instancias breves de estadía en la ciudad o viajes fuera del país, el discurso de los indagados ha referido el escaso tiempo libre o recursos económicos para realizar turismo y la priorización de estos dos tipos de turismo. De ese modo, las principales instancias señaladas, indicadas como demandantes de una preparación y previsión importante, son fiestas realizadas en ámbitos rurales y marchas a caballo entre ámbitos rurales.

> Desde siempre fui participante, una por lo que significa la tradición y otra porque participo mucho de fiestas que se hacen a beneficio de las escuelas rurales, que se hacen todavía domas a beneficio de estas escuelas, y como soy un defensor de las escuelas rurales, apoyo eso y es una manera de colaborar y es una forma que ellos me permiten de participar. Después por hecho de la tradición, soy un aférrimo defensor del gauchismo. (Productor agrícola y tambero, Río negro).

Respecto al traslado y hospedaje, estas estrategias se desarrollan en situaciones de gran austeridad, vinculado a un consumo o acepción de lo rural como un retorno a lo natural, lo carente de comodidad.

En el caso de las marchas, frecuentemente todo el traslado se realiza a caballo, aún cuando se cuente con vehículo a motor. En las fiestas las situaciones varían según la distancia y la situación familiar y económica del sujeto. El viaje de la marcha o hacia la fiesta habitualmente se realiza en colectivo, en familia o en grupos con mayor o menor cercanía y conocimiento jugando un rol relevante las aparcerías y vecindad en las zonas de ruralidad nucleada. El implícito es la voluntad de ir y la disposición a hacerlo, razón por la cual quienes asisten buscan redes para utilizar o facilitar el acceso propio o ajeno a las fiestas. En el caso de las marchas el itinerario, la velocidad, el estado físico del jinete y animal determinan los compañeros de viaje durante el día. Lo sabido es la existencia del ritual, la compañía es un producto tácito que se recrea en el viaje mismo.

> Soy uno de los organizadores de la marcha a Masoller de acá de Tacuarembó, participé el año pasado en la Meseta de Paysandú porque me hice socio de un grupo de amigos de una sociedad criolla que participan de la Meseta y el año pasado los acompañé, me gusta la cultura del caballo, tengo caballos y es un turismo no te digo que barato pero a veces mas sentido. Ir haciendo caminos de frente, conversando, haciendo aparcerías, el campamento… Participas de la marcha que tiene sus horarios para marchar, campamentos, la aparcería, vas conociendo gente distinta, vas conversando de un montón de cosas, caminando en el camino de que voló un pájaro, otras conversaciones que en el cotidiano, en el correr del año no lo tienes ni con tu familia ni con tu compañero de trabajo. (Asalariado de la ganadería, Tacuarembó)

Respecto a la infraestructura para alojamiento, en su versión más austera, el espacio para dormir varía entre galpones y asentamientos improvisados con toldos. Cuando las fiestas están preparadas en el destino, los hospedajes son las más de las veces en camping. Este carácter económico del viaje, íntimamente relacionado con un modelo de vida austero, está poco ceñido al nivel socio económico de los sujetos. Aquellos que participan pero que en su quehacer cotidiano se emplean zafralmente o cuentan con importantes limitaciones económicas, logran estas condiciones de viaje con un esfuerzo y previsión importante. Así la fiesta está en la «agenda» anual del trabajador del campo y éste se prepara para poder asistir a la misma. Los productores medianos y con un mejor pasar económico, organizan estas actividades incurriendo en ocasiones en gastos para uso común —donación de comida, pago de parcelas, arrendamiento de espacio para caballos—, participando de este modelo de transporte y hospedaje como parte de una lógica de austeridad y de identidad del sujeto rural que es parte de su idiosincrasia mas allá de las fiestas.

> Sí, sí, acá es muy común, la gente viene a pasar el día, dos días, cinco días y los diez días, la gente viene y se instala ahí, la paisanada es una encantada de la Patria Gaucha. El que no conoce la Patria Gaucha se ha perdido lo mejor. (Apicultor, Tacuarembó)

Esta forma de distribución y uso de los espacios y recursos e infraestructura para traslado y hospedaje da cuenta de uno de los hallazgos ya identificados por la antropología de las fiestas: el cambio de orden social. Como se evidenciara en la sección anterior, la fiesta revisa el orden social y genera una orden de poder y jerárquico alternativo, ese es el carácter revulsivo de la fiesta. En este caso, la ruptura de ciertas normas habituales de convivencia y separación social, signadas por la revalorización del sujeto asalariada y su idiosincracia permite la expresión de una cultura, pasajera, que altera el orden que parece inmanente y requiere un estudio pormenorizado como expresión de resistencia.

Finalmente, todo lo anterior permite ir vislumbrando que los atractivos que constituyen llamadores para estos sujetos tienen características productivas y demográficas fuertemente emparentadas con su vida cotidiana, son esencialmente fiestas folclóricas, típicamente rurales, y marchas a caballo con carácter demostrativo y conmemorativo. Las actividades que en estas fiestas desarrollan se centran en la exposición de habilidades tradicionales «gauchescas» típicas de los trabajos que aún hoy realizan estos sujetos en su quehacer cotidiano. Empero, en la fiesta o en la marcha, estos sujetos re significan estas actividades cargándolas de un valor nuevo que les permite mostrar, ver e identificar su cotidianeidad desde una mirada diferente: lúdica y afirmativa.

> Sí, acá estamos muy influenciados por la cultura brasilera, y el brasilero es mucho más tradicionalista que el uruguayo. Tiene orgullo de ser gaucho y eso ha contagiado al riverense. Te motiva seguir la tradición. (Productor ovino, Rivera).

Finalmente entre las motivaciones aparecen elementos que evidencian el entrelazamiento que existe habitualmente en el estudio de las motivaciones: encuentro, conocimiento, diversión. No obstante la recurrente motivación aludida por los entrevistados fue la recuperación de la memoria y la tradición, y la conservación de la cultura rural.

> El motivo entiendo que hay que tener una cuota de tradicionalista y un respeto por toda la gente gauchesca o como nos quieran llamar que construyó la soberanía y todo eso. Que es muy difícil que todos los días nos acordemos, pero ta. ¡Qué linda la bandera Uruguaya! ¡qué lindo el escudo! Pero todos sabemos lo que costó! (Productor hortícola, Paysandú)

Estos primeros hallazgos evidencian las dificultades de concebir este tipo de turismo dentro de las clasificaciones pre existentes, al menos en sus acepciones usuales. El carácter alocéntrico que ha caracterizado al turismo rural y al turismo cultural excluirían este tipo de turismo centrado en la tradición y hábitos propios y lugares con formas ya conocidas. El carácter identitario y fuertemente tradicionalista pondría distancia con otras formas de turismo como el turismo de masas.

Si queda de manifiesto el carácter intersticial que esta forma de turismo tiene dentro de las clasificaciones usuales, más aún se vuelve evidente el carácter postergado de los rurales como sujetos de derechos en turismo desde las acepciones convencionales. En consecuencia y reconociendo lo limitado de un abordaje de corte cualitativo como el realizado, emergen nuevas interrogantes ante un objeto nuevo: ¿qué magnitud tiene este fenómeno? ¿qué incidencia para la conservación de la cultura? ¿cómo se dan las relaciones de jerarquía y poder «de vuelta» de la fiesta? ¿qué nivel de consumo y gasto suponen estas fiestas? ¿qué rol económico y social juegan las aparcerías que facilitan estos eventos en las comunidades? ¿cómo se vinculan estas fiestas y marchas con las políticas públicas locales —municipios—, departamentales y nacionales?

Bibliografía

Barrera, E. (2006) *Turismo rural. Un agronegocio para el desarrollo de los territorios rurales*. Ed. Sudamericana. Bs. As.

Blanco, M. y Riveros, S. (2010) «El agroturismo como diversificación de la actividad agropecuario y agroindustrial.» En *Desarrollo de los agronegocios y la agroindustria rural en América Latina y el Caribe.* IICA. San José de Costa Rica.

Cánoves, G. y Villarino, M. (2000) «Turismo en espacio rural en España: Actrices e imaginarios colectivos.» *Rev. Análes de Geografía*. Núm. 37. Pp. 51-77.

Echamendi, P. (2002) «El turismo en los espacios rurales: el caso de Navarra. Propuestas para el futuro.» En *Libro blanco de la Agricultura y el desarrollo rural*. Jornada Autonómica de Navarra. España.

Florit, P. y Piedracueva, M. (2012) «Turismo ¿panacea para la mujer rural?» Ponencia. Jornadas de Historia de las mujeres. Universidad de San Juan.

Homobono, J. (2004) «Fiesta, ritual y símbolo: epifanías de las identidades.» *Rev. Zainak*. Núm.26. Pp. 33-76.

Ivars, J. (2000) «Turismo y espacios rurales: conceptos, filosofía y realidades.» *Rev. Investigaciones geográficas*. Núm. 23. Pp. 59-88.

López Olivares, D. (2009) «Factores de cambio turístico en los espacios rurales españoles: la comunitat valenciana.» *Rev. Serie Geográfica*. Núm. 15. Pp. 39-49.

Mallarino, O., Zuleta, L., Jaramillo, L. y Rey, G. (2004) *La fiesta, la otra cara del patrimonio. Valoración de su impacto económico, cultural y social*. Ed. CAB. Bogotá.

Monge, L. (2009) «Turismo rural». *Rev. Idia* XXI.

Morán, M.A. (2002) «El turismo en espacios rurales y naturales de Castilla y León, como base del desarrollo rural.» *Rev. Anales de geografía de la Universidad Complutense*. Vol. 22. Pp. 219-248.

Ocampo, J. (2002) *Las fiestas y el folclor en Colombia*. Ed. El Áncora. Bogotá.

Posada, M. (1999) «El espacio rural entre la producción y el consumo: algunas referencias para el caso argentino.» *Rev. Eure*. Vol XXV, Núm. 75. Pp. 63-76.

Quintero, M. (2005) «La actividad turística como base económica del desarrollo sustentable de la comunidad de Gavidia ubicada en el parque nacional de Sierra Nevada.» *Rev. Economía* Núm. 21. Pp. 59-84.

Román, F. y Ciccolella, M. (2009) *Turismo rural en Argentina, Concepto, situación y perspectivas*. IICA. Bs. As.

Salvatierra, N. (2004) «Un ejemplo de turismo en espacio rural: la feria de Simoca.» Ponencia. Univ. Tucumán.

Scozcek, M. (2003) «El papel del turismo rural en las transformaciones del campo. Experiencias de los países andinos y el caso de México.» Univ. Varsovia. Actas, Tomo 26.